

## TESTIMONIO DE PRIMAVERA ECLESIAL

Sergio Restrepo Jaramillo

(Medellín 1939 – Tierralta/Córdoba 1989)



Sergio nació en Medellín el 19 de julio de 1939. Su padre, Jorge Restrepo Uribe, fue un ingeniero civil ampliamente conocido, como alcalde que fue de la ciudad; su madre, la señora Lucila Jaramillo Montoya.

Sin terminar su bachillerato en el colegio de San Ignacio de Medellín, ingresó al noviciado de la Compañía de Jesús (Jesuitas) el 12 de diciembre de 1957 en Santa Rosa de Viterbo (Boyacá). Allí cursó también las humanidades. En la Universidad Javeriana de Bogotá estudió filosofía y teología. Se ordenó como sacerdote el 7 de diciembre de 1970.

Desde 1973 se dedicó al trabajo pastoral en medios populares, primero como vicario cooperador de la parroquia María Auxiliadora de Medellín, luego como director del Instituto Obrero "Tomás Villarraga" (1976-1979) y luego como vicario cooperador de la parroquia San José de Tierralta (Córdoba) de 1979 a 1989, donde fue asesinado.

El trabajo en medios populares correspondió a una opción muy clara y consiente que él hizo y que fue respaldada por sus superiores. Con alma de artista, amante de la naturaleza, de la vida y de la espontaneidad, fue un hombre descomplicado y práctico a quien le repugnaban las estridencias, la publicidad y los honores, y que buscó un estilo de vida que le permitiera sentirse sirviendo, en las formas más prácticas, a los pobres y sencillos.

Su trabajo más prolongado lo desarrolló en Tierralta, donde permaneció casi diez años. Del equipo de jesuitas que estaba allí en 1989 – los padres Célico Caycedo y Mario Calderón – era el más antiguo, pues estuvo desde que la parroquia le había sido encomendada a la Compañía de Jesús, en 1979.

Hernando Muñoz, jesuita que compartió con él el trabajo de Tierralta en sus primeros años, describe así el trabajo de Sergio:

*“El padre Sergio empezó desde un principio una labor espiritual y cultural que no paró hasta el último momento de su vida.*

*La iglesia parecía una fábrica de cemento, sucia y con un caparazón de mal gusto, la transformó en una belleza de templo que invita a la oración y al recogimiento.*

*Allí construyó primero la biblioteca con 9.000 volúmenes, la mejor en la región, y se encontraba echando los cimientos de un museo de cerámica precolombina, para colocar piezas muy valiosas de la cultura sinuana únicas en Colombia, encontradas por él o rescatadas de manos de los gaaqueros, a quienes les daba una especie de catequesis cultural, enseñándoles a respetar las ollas y a no destruirlas por buscar oro.*

*Otro campo en el que estuvo trabajando fue el de la educación. Con el apoyo del obispo, de la parroquia y con mucha iniciativa suya organizó profesores veredales a quienes pagaba puntualmente.*

*Se interesó también por la promoción de los maestros. A veces se encontraba profesores que querían capacitarse más, pero que no lo podían conseguir; entonces él buscaba la manera de que lo obtuvieran.*

*Hacía visitas a cada una de las comunidades, en donde se encontraban los maestros, dentro de la selva, a veces a caballo o a pie, por el río o en avioneta, cuando eran sitios distantes o peligrosos. Se preocupaba por cada uno de los caseríos o veredas o sitios perdidos de la selva, procurando que se organizaran y que progresaran en el terreno de la educación.*

*El padre Sergio durante toda su vida de jesuita sintió un gran amor por las orquídeas. Cuando llegaba a algún sitio o vereda, si le quedaba algún espacio libre de tiempo se iba al monte, al bosque o a la selva a buscar orquídeas.*

*No era una simple afición que lo movía sino una afición científica. Cuando encontraba una orquídea investigaba la especie a la que pertenecía, cómo se llamaba y en qué condiciones climáticas se producía.*

*El padre Sergio fue también un gran amigo de los árboles y de la reforestación.*

*Cuando llegó a Tierralta encontró que un alcalde había mandado talar todas las palmeras de decenas de años que se encontraban alrededor del parque, para colocar una plancha de cemento, que a 32, 34 o 36 grados centígrados no era nada atractiva para nadie. Remodeló entonces el parque, volviendo a plantar las palmeras y convirtiéndolo en un refrescante lugar de esparcimiento.*

*Sembró en el corazón de todas las gentes la preocupación y el amor por toda clase de árboles, por las ceibas, por las especies nativas y en particular por las palmas, de las que hizo un vivero para obsequiar ejemplares a quien se lo solicitara.*

*Fue también un gran promotor de jardines. Cuando las señoras visitaban la casa cural y se enamoraban de sus matas, les decía: “no me vayan a dañar mis matas. Dígame cuál le gusta y yo se la siembro”. Al poco tiempo aparecía con la mata, con gran contento de las señoras.*

*El padre Sergio estudió también las plantas medicinales, propias de la región, incluso las plantas que los indígenas o curanderos trataban las mordeduras de serpiente, mostrando en todo una preocupación verdaderamente científica.*

*Por las noches, en donde es más peligroso salir por las fieras y las serpientes, en sus visitas a las comunidades, se dedicaba a conversar con los campesinos, sobre la historia de cada una de estas regiones, tratando de conseguir datos sobre la colonización del Alto Sinú y del San Jorge y de todo este sector del departamento de Córdoba. Es muy posible que hayan quedado entre sus apuntes datos interesantes sobre esta materia.*

*Pero sobre el artista, el historiador y el científico sobresalía el padre Sergio Restrepo, el sacerdote. Era una persona que dedicaba todo el tiempo que fuera necesario a la labor sacerdotal, sin importar le el clima o las distancias ni nada. Administraba los sacramentos y daba la catequesis con mucho cariño a los colonos y a los indígenas. Organizaba con mucho esplendor las primeras comuniones. Por todo eso era muy querido y apreciado en todos los campos y veredas. Attendía con especial cuidado a todas las personas que llegaban a la parroquia con algún problema de partidas de bautismo.*

*Nosotros los jesuitas y otras personas amigas no se explicaban cómo el padre Sergio, que era flaco y parecía de constitución endeble resistiera ese tren de trabajo, en un clima tan ardiente como el de Tierralta. El hecho es que fue el único del equipo de los cuatro que estuvo permanentemente en Tierralta durante casi diez años, hasta que lo asesinaron”*

Tierralta es un extenso municipio (cinco mil kilómetros cuadrados), con unos 60.000 habitantes, incrustado en una de las zonas más afectadas por la violencia y los conflictos sociales como es el Alto Sinú, al sur del Departamento de Córdoba. Tierra de latifundios en manos de ganaderos y madereros y, al mismo tiempo, zona de refugio de campesinos expulsados por la violencia de la vecina zona del Urabá antioqueño, fue caldo de cultivo para organizaciones guerrilleras que encontraban acogida en amplias capas de campesinos

sometidos a condiciones inhumanas de vida. Pero también fue zona codiciada por poderosos narcotraficantes, quienes la escogieron como residencia y como asentamiento y base de entrenamiento de ejércitos privados a su servicio, los que pudieron desarrollarse gracias a la tolerancia, protección y colaboración de las fuerzas armadas del Estado.

Moverse en esa zona durante un período tan prolongado como el que estuvo allí Sergio era ya un alto riesgo. Médicos, sacerdotes, educadores y funcionarios obligados a desplazarse por las zonas rurales, caían rápidamente bajo la “sospecha” de estar colaborando con las guerrillas o con los militares o los paramilitares. Sergio atendió a muchas comunidades campesinas e indígenas de su parroquia, entre ellas a Saiza, un pequeño caserío cuya iglesia fue destruida a causa de cruentos enfrentamientos entre guerrilla, militares y paramilitares.

Pero, además de vivir en aquel medio y convertirse en confidente de tanta gente victimizada por la violencia, era otro motivo de “sospecha”. Sergio era, realmente el amigo de la gente; departía con la gente sencilla en cafeterías y bares y por ello mismo tenía que convertirse en caja de resonancia del profundo conflicto que afectaba a su feligresía, donde se producían muertos a granel.

La alianza militar-paramilitar era el poder dominante, con el cual Sergio no quiso tener ninguna relación de amistad; estaban demasiado manchados de sangre, de torturas y de muerte, por el contrario, cuando Sergio planteó la remodelación y decoración del templo haciendo pintar en él imágenes que llevaran mensajes evangelizadores para el pueblo, decidió incorporar la denuncia directa y plástica entre aquellas expresiones de arte y de catequesis.

En efecto, para el lugar central del templo, Sergio diseñó un mural que sirviera de telón de fondo al altar. Se inspiró en el “Paño de Cuaresma” difundido por la organización Misereor, de la iglesia católica de Alemania en 1992, el cual reproduce la obra del artista haitiano Jacques Richard Chéry: *“El árbol de la vida”*, un Cristo negro crucificado en un árbol de cuyas raíces se desprenden escenas bíblicas fusionadas con la historia local.

El artista haitiano quiso plasmar en el paño la historia de la salvación dividiendo el cuadro en tres planos horizontales, así:

- Inferior: plano de la oscuridad y de la falta de fe.
- Centro: plano de la derrota del mal a través de Cristo.
- Superior: plano de la esperanza y de la promisión.

Por ello en el plano inferior, en la parte central, representó, como raíces del mal, escenas de violencia, de guerra y de tortura.

Cuando Sergio dio las orientaciones al artista para ejecutar la obra, le pidió que en la escena de tortura tratara de plasmar el hecho criminal, ampliamente conocido por el pueblo de Tierralta, de las torturas que los militares habían infligido al exsacerdote Bernardo Betancurt. Este pecado seguía clamando justicia, ya que Bernardo, antiguo párroco de

Tierralta, quien al retirarse del ejercicio del sacerdocio continuó viviendo en esa población, había sido varias veces detenido y torturado por miembros del ejército y había sido asesinado por ellos mismos el 3 de noviembre de 1988. El artista plasmó tan fielmente los rasgos físicos de la víctima, dentro de la escena de tortura, que, sin necesidad de explicación, el pueblo leyó permanentemente aquella muda denuncia y se dejó interpelar por ella.

Los militares, sin embargo, no soportaron aquella denuncia que fijaba su horrendo crimen en la memoria del pueblo. El capitán César Augusto Valencia Moreno, comandante de la Base Militar de Tierralta, presionó repetidamente a los sacerdotes de la parroquia para que modificara el mural, pero siempre encontró resistencias. Entonces comentó confidencialmente a varias personas del pueblo, que ese mural iba a tener consecuencias graves y que el padre Sergio las pagaría.

*“A Sergio lo mató el mural”*. Este comentario recorrió el pueblo mil veces, sigilosamente, después del asesinato, cuando los feligreses, impactados por el crimen, trataban de relacionar en su memoria comentarios, gestos y actitudes de los militares.

El 1° de junio de 1989 Sergio tenía un aire de preocupación desde la mañana. Su profundo conocimiento de aquel pueblo y de sus gentes, le hacía percibir con facilidad lo que se salía de su ritmo normal. Comentó a uno de sus compañeros jesuitas que había visto a dos hombres extraños con actitudes sospechosas. “Algo va a pasar”, dijo. En efecto, dos asesinatos se fueron sucediendo, primero el de un conductor de la empresa Cochetral, y luego el de un poblador que transitaba cerca del hospital.

Algunas personas acudieron a la alcaldía para pedir que se hiciera algún control, pues los asesinos se paseaban por el pueblo con la mayor tranquilidad. Entonces el agente de policía, Efraín Segundo Estrada Castro, asignado al servicio de escolta del alcalde, detuvo por unos momentos a los sicarios y les pidió que lo acompañaran a la alcaldía, sin embargo, estos exhibieron credenciales del B-2 (Servicio de inteligencia del ejército) y el agente los dejó libres en el camino. Pocos minutos después disparaban contra Sergio.

La Procuraduría pudo establecer posteriormente que la policía en caso de ocurrir un crimen dentro del poblado, tenía orden de taponar las vías de acceso al casco urbano y de practicar requisas en establecimientos públicos y hoteles, pues ya se sabía que, ordinariamente, los asesinos provenían de fuera. Esta omisión permitió a los sicarios huir sin precipitaciones, con una tranquilidad que escandalizó a todos los testigos, y tomar camino hacia La Apartada, vía que conduce al corregimiento de Pueblo Nuevo y allí al municipio de Valencia (Córdoba).

Las confesiones hechas por un paramilitar ante el Departamento Administrativo de Seguridad DAS, el 4 de abril de 1990, revelarían que los sicarios provenían de la hacienda Las Tangas, propiedad del narcotraficante Fidel Antonio Castaño Gil, donde tenía su centro de operaciones una poderosa estructura paramilitar a su servicio. El testigo denunciante

había presenciado el momento en que los sicarios que asesinaron a Sergio dieron su “parte de victoria” y relataron la ejecución del crimen con minuciosos detalles, los que coincidían con las versiones de los demás testigos.

El cadáver de Sergio, luego del sentido homenaje tributado por el pueblo que lo consideró “el amigo” por antonomasia, fue trasladado a Medellín con el fin de que sus familiares más cercanos pudieran asistir a sus exequias. Pero su corazón y sus entrañas, extraídas en la necropsia, fueron luego sepultadas en un monumento dentro del templo parroquial, junto a la imagen del crucificado, donde una placa de mármol exhibe el texto del *Epitafio* que él mismo había escrito.

Cuando Sergio Restrepo Jaramillo fue asesinado le faltaba un mes y 18 días para celebrar sus 50 años. Desde ese día y cada año, en su honor, no solo se realiza una misa de aniversario sino que se deposita una ofrenda floral en el sitio donde cayó acribillado por las balas criminales. En 1990 se inauguraron el museo y la biblioteca con los que siempre soñó el padre Sergio. Además, se creó el festival de cultura “Sergio Restrepo” que cada año promueve actividades de danza, música, poesía, cuentos y artesanías. “Todo lo que le gustaba al padre”, dice Víctor Pantoja, quien fuera uno de sus ayudantes y quien hoy sigue promoviendo el legado cultural que dejó Sergio.

En el trigésimo aniversario de su asesinato (2019), María Alejandra Rojas produce el documental titulado *“Fui a despedirme de las ceibas”* que relata la vida y obra de Sergio; Natalia Hernández Sánchez, egresada javeriana de diseño industrial, reconstruyó digitalmente el mural que comisionó Sergio en 1987. Luego del retiro de la Compañía de Jesús de Tierralta en el 2010, la siguiente administración mandó a borrar por completo el mural. Hoy, esta pieza artística, gracias a esta reconstrucción digital, ha vuelto a poner el clamor de las víctimas en el centro de toda construcción de paz y reconciliación.



Texto tomado del libro

*“Aquellas muertes  
que hicieron resplandecer la vida”*

(Bogotá, 1992),

actualizado por **Fernando Torres Millán**

[www.kaired.org.co](http://www.kaired.org.co)

Bogotá, 2021